

## **Capítulo 8**

### **Sigue siendo una lucha**

#### **Lo que hizo el pecado**

Necesitamos entender, más claramente de lo que solemos, las contingencias del gran conflicto en el que estamos empeñados. Necesitamos entender más plenamente el valor de las verdades de la Palabra de Dios y el peligro de consentir que el gran engañador aparte de ellas nuestra mente.

El valor infinito del sacrificio requerido para nuestra redención pone de manifiesto que el pecado es un tremendo mal, que ha descompuesto todo el organismo humano, pervertido la mente y corrompido la imaginación. El pecado ha degradado las facultades del alma. Las tentaciones del exterior hallan eco en el corazón, y los pies se dirigen imperceptiblemente hacia el mal.

Así como el sacrificio en beneficio de nosotros fue completo, también debe ser completa nuestra restauración de la corrupción del pecado. La Ley de Dios no disculpará ningún acto de maldad; ninguna injusticia escapará a su condenación. El sistema moral del evangelio no reconoce otro ideal que el de la perfección del carácter divino. [...]

#### **Se necesita perseverancia**

Los agravios no pueden repararse, ni tampoco pueden realizarse reformas en la conducta mediante unos pocos esfuerzos débiles e intermitentes. La formación del carácter es tarea, no de un día ni de un año, sino de toda la vida. La batalla para conquistar el yo, para lograr la santidad y el cielo, es una lucha de toda la vida. Sin continuo esfuerzo y constante actividad no puede haber adelanto en la vida divina ni puede obtenerse la corona de victoria.

La prueba más evidente de la caída del hombre desde un estado superior es el hecho de que cuesta tanto volver a él. El camino de regreso se puede recorrer solo mediante rudo batallar, hora tras hora y centímetro a centímetro. En un momento, por una acción precipitada o por descuido, podemos ponernos bajo el poder del mal; pero se necesita más de un momento para romper los grillos y alcanzar una vida más santa. Bien puede formarse el propósito y empezar a realizarlo; pero su cumplimiento cabal requiere trabajo, tiempo, perseverancia, paciencia y sacrificio.

No debemos obrar impulsivamente. No podemos descuidarnos un solo momento. Asaltados por tentaciones sin cuento, debemos resistir con firmeza o ser vencidos. Si llegamos al fin de la vida sin haber concluido nuestra obra, la pérdida será eterna.

La vida del apóstol Pablo fue un constante conflicto consigo mismo. Dijo: "Cada día muero" (1 Cor. 15:31). Su voluntad y sus deseos estaban en conflicto diario con su deber y con la voluntad de Dios. En vez de seguir su inclinación, hizo la voluntad de Dios por mucho que tuviera que crucificar su naturaleza.

Al terminar su vida de conflicto, al mirar hacia atrás y ver sus combates y triunfos, pudo decir: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día" (2 Tim. 4:7, 8).

La vida cristiana es una batalla y una marcha. En esta guerra no hay descanso; el esfuerzo ha de ser continuo y perseverante. Solamente mediante un esfuerzo incansable podemos asegurarnos la victoria sobre las tentaciones de Satanás. Debemos procurar la integridad cristiana con energía irresistible, y conservarla con propósito firme y resuelto.

Nadie llegará a las alturas sin esfuerzo firme y perseverante en su propio beneficio. Todos deben empeñarse por sí mismos en esta guerra; nadie puede pelear mis batallas. [...]

## **Hay una ciencia para ello**

Hay una ciencia del cristianismo que debe ser conocida a fondo, y que es tanto más profunda, amplia y alta que cualquier ciencia humana, como son más altos los cielos que la tierra. La mente debe ser disciplinada, educada y formada, pues hemos de servir a Dios de un modo que no congenia con nuestras inclinaciones naturales. Debemos vencer las tendencias al mal que hemos heredado y cultivado. Muchas veces, hay que prescindir por completo de la educación y la preparación de toda una vida para poder ser aprendices en la escuela de Cristo. Nuestro corazón debe recibir educación para llegar a ser firme en Dios. Debemos contraer hábitos de pensamiento que nos capaciten para resistir la tentación. Debemos aprender a mirar hacia arriba. Debemos entender, en todo lo que atañe a nuestra vida diaria, los principios de la Palabra de Dios; principios que son tan elevados como el cielo y tan abarcadores como la eternidad. Cada acto, cada palabra y cada pensamiento debe concordar con esos principios. Todos deben ser puestos en armonía con Cristo y en sujeción a él.

Las preciosas gracias del Espíritu Santo no se desarrollan en un momento. El valor, la fortaleza, la mansedumbre, la fe y la confianza inquebrantable en el poder de Dios para salvar se adquieren por medio de la experiencia de años. Los hijos de Dios han de sellar su destino mediante una vida de santo esfuerzo y de firme adhesión a lo recto.

## **No hay tiempo que perder**

No tenemos tiempo que perder. No sabemos cuándo ha de terminar nuestro tiempo de prueba. A lo sumo, no podemos contar sino con una vida breve, y no sabemos cuándo la saeta de la muerte atravesará nuestro corazón. Tampoco sabemos cuándo tendremos que desprendernos del mundo y de todos sus intereses. La eternidad se extiende ante nosotros. El velo está a punto de descorrerse. Unos pocos años más, y para cada uno de los que ahora se cuentan entre los vivos se dará el mandato:

“El que es injusto, sea injusto todavía... y el que es justo, practique la justicia todavía, y el que es santo, santifíquese más todavía” (Apoc. 22:11).

¿Estamos preparados? ¿Conocemos a Dios, el Gobernador de los cielos, el Legislador; y a Jesucristo, a quien envió al mundo como representante suyo? Cuando la obra de nuestra vida haya terminado, ¿podremos decir, como dijo Cristo, nuestro ejemplo: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera... he manifestado tu nombre” (Juan 17:4-6)?

Los ángeles de Dios procuran desprendernos de nosotros mismos y de las cosas de la tierra. No permitamos que trabajen en vano.

Las mentes entregadas a pensamientos licenciosos necesitan cambiar. “Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado. Como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia, sino, así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque escrito está: ‘Sed santos, porque yo soy santo’ ” (1 Ped. 1:13-16).

Los pensamientos deben concentrarse en Dios. Debemos dedicar nuestro esfuerzo más enérgico a dominar las malas tendencias del corazón natural. Nuestros esfuerzos, nuestra abnegación y nuestra perseverancia deben ser proporcionales al valor infinito del objetivo que perseguimos. Solo venciendo como Cristo venció podremos ganar la corona de vida.

## **Dependencia constante**

El gran peligro del hombre consiste en engañarse a sí mismo, en creerse suficiente de por sí y en apartarse de Dios, la fuente de su fuerza. Nuestras tendencias naturales, si no las corrige el Espíritu Santo de Dios, encierran en sí la semilla de la muerte moral. A no ser que nos conectemos vitalmente con Dios, no podremos resistir

los impíos efectos de la concupiscencia, del amor egoísta y de la tentación a pecar.

Para recibir ayuda de Cristo debemos darnos cuenta de nuestra necesidad. Debemos tener un conocimiento verdadero de nosotros mismos. Solo quien se reconoce pecador puede ser salvado por Cristo. Solo cuando vemos nuestro desamparo absoluto y no confiamos ya en nosotros mismos, podemos asirnos del poder divino.

No es tan solo al principio de la vida cristiana cuando debe hacerse esta renuncia a sí mismo. Hay que renovarla a cada paso que damos hacia el cielo. Todas nuestras buenas obras dependen de un poder externo a nosotros; por tanto, se necesita una continua aspiración del corazón a Dios, una constante y fervorosa confesión del pecado y humillación del alma ante Dios. Nos rodean peligros, y no nos hallamos seguros sino cuando sentimos nuestra debilidad y nos aferramos con fe a nuestro poderoso Libertador.

## **La verdad o cosas triviales**

Debemos apartarnos de un sinnúmero de temas que llaman nuestra atención. Hay asuntos que consumen tiempo y despiertan deseos de saber, pero que acaban en la nada. Los más altos intereses requieren la estricta atención y energía que suelen dedicarse tantas veces a cosas relativamente insignificantes.

De por sí, el aceptar nuevas teorías no infunde nueva vida al alma. Aun el conocimiento de hechos y teorías importantes en sí mismos resulta de escaso valor si no lo practicamos. Necesitamos sentir la responsabilidad de dar a nuestra alma el alimento que nutra y estimule la vida espiritual. [...]

La pregunta que debemos estudiar es: “¿Qué es la verdad; la verdad que hemos de estimar, amar, honrar y obedecer?” Los partidarios ardientes de la ciencia han quedado derrotados y descorazonados en sus esfuerzos por descubrir a Dios. Lo que

necesitan investigar hoy día es: “¿Cuál es la verdad que nos capacitará para salvar nuestra alma?”

## ¿Tengo la respuesta?

“¿Qué piensas de Cristo?” es la pregunta de importancia suprema. ¿Recibes a Cristo como Salvador personal? A todos los que lo reciben les da facultad de ser hechos hijos de Dios.

Cristo reveló a Dios a sus discípulos de un modo que realizó en sus corazones una obra especial, tal como desea hacerla en nuestro corazón. Son muchos los que, espaciándose en teorías, han perdido de vista el poder viviente del ejemplo del Salvador. Han perdido de vista a Cristo como el que obra humilde y abnegadamente. Necesitan contemplar a Jesús. Día tras día necesitamos una nueva revelación de su presencia. Necesitamos seguir más de cerca su ejemplo de desprendimiento y sacrificio abnegado.

Necesitamos la experiencia que tenía San Pablo cuando escribió: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál. 2:20).

El conocimiento de Dios y de Jesucristo, expresado en el carácter, es una exaltación que supera cualquier otra cosa que se estime en el cielo o en la tierra. Es la educación suprema. Es la llave que abre los pórticos de la ciudad celestial. El propósito de Dios es que este conocimiento lo posean todos los que se revisten de Cristo.—*El ministerio de curación*, pp. 357-363.